

cuando ví desaparecer en mi horizonte esa cabeza de anciano que yo llamaba el buen Dios, por costumbre, recuerdo que lloré. Una alegría serena é imperturbable ha, desde aquel momento, hecho el fondo de mi carácter. Se piensa en las clases subalternas de la sociedad, que la aristocracia conserva todas las supersticiones desusadas. Este error, en lo que á mi toca por lo menos, es completo. Hago á las conveniencias los sacrificios indispensables; pero por lo demás declaro que el positivista más radical, el frac-masón más empedernido, el más terrible afiliado de una asociación secreta, no son más que viejas devotas llenas de preocupaciones, comparados con el gentil hombre que escribe estas líneas.

Mi tío, sin embargo se ha propuesto casarme con una joven, que no sólo es de una piedad excepcional, sino que pertenece á una familia que parece sumergida en la más baja devoción. Este es el episodio de mi vida que me parece digno de ser estudiado y descrito detalladamente por un observador bien informado. Es este el punto único de mi modesta biografía que me propongo tratar en estas páginas, no tomando del pasado más de aquello que sea necesario para que se comprenda el presente y dejando el porvenir á los dioses inmortales.

Me llamo Bernardo-Mauricio Hugon de Montauret, vizconde de Vaudricourt. Tenemos en nuestro blason las insígnias de las cruzadas, lo cual es siempre grato. Mi tío es el conde de Montauret de Vaudricourt, primogénito y jefe de la familia. Perdió hace pocos años á su hijo único y ahora soy yo el único heredero de su nombre. Tanto él como yo deseamos que ese nombre no se extinga, pero durante largo tiempo hemos pensado de distinta manera en lo que se relaciona con los medios de perpetuarlo. Mi tío pretendía dejarme á mí ese cuidado; yo pretendía cederle el privilegio de hacerlo. Era viudo y yo le aconsejé con insistencia que se volviera á casar: hícele observar que estaba aun bien conservado, que parecía joven y que tenía el aspecto de un hombre á quien no está aún vedado esperar en el porvenir; mas, en este punto, jamás he podido vencer su resistencia, fundada por lo visto en razones cuyo peso puede él apreciar mejor que yo.

Mi tío agradeció—sin motivo á la verdad—el desinterés que yo manifestaba al aconsejarle que se casara. Lo cierto del caso es que, entre dos males, yo escogía el menor y prefería sacrificar su suce-